

LIBRO DÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL PRISIONERO DE SCHOENBRUNN.

Durante algunos minutos, después de aquel arranque de dos corazones fundidos en el mismo amor, permaneció el joven príncipe profundamente pensativo, y Mr. Sarranti pudo examinarlo á su sabor. El resultado fué, que en el momento en que el príncipe levantó la cabeza y abrió la boca para dirigir la palabra á Mr. Sarranti, los ojos de éste irradiaban de alegría.

Y era que, en efecto, mientras que el príncipe estaba así sumergido en profundas reflexiones, se aparecía al conspirador en todo su brillo el lado varonil de la belleza del joven, cuyo rostro expresaba en aquel momento todos los sentimientos que había despertado en su corazón el relato del fiel compañero de su padre, es decir, la cólera y el orgullo, la ternura y la fuerza. En verdad, aquella fisonomía llena de expresión, aquella boca llena de desdén, aquellos ojos llenos de rayos, constituían la belleza ideal que había soñado para el hijo de su héroe, y sentía amargamente que el general Lebastard de Premont no estuviese allí para que, como él, lo contemplase.

— Gracias otra vez, caballero, le dijo el príncipe alzando sus bellos ojos húmedos aún y tendiéndole la mano; gracias por la alegría y la tristeza que me habéis causado desde hace una hora. Ahora os falta decirme lo que os ha sucedido á vos y lo que habéis hecho desde el día en que habéis dejado á mi padre hasta hoy.

— Señor, dijo Sarranti, no se trata de mí; y me consideraría culpable si os hiciese perder preciosos momentos.

— Mr. Sarranti, dijo el príncipe con voz firme y dulce, que hizo estremecer al viejo soldado, porque en la entonación de aquella voz acababa de reconocer algo de la voz de su antiguo jefe; Mr. Sarranti, siendo esos momentos que teméis hacerme perder los más felices de mi vida; permitidme que los prolongue cuanto me sea posible. Os suplico, pues, que respondáis á todas mis preguntas.

Inclinóse Sarranti en señal de obediencia.

— He visto en los periódicos, continuó el joven, que estabais comprometido en un complot, que tenía por objeto hacerme entrar otra vez en Francia. De esto hace ya cerca de siete años. Folletos hechos con mala intención me han revelado el nombre de algunos mártires: contadme su vida, su lucha, su muerte, nada me ocultéis; espero tener un talento hecho para comprenderlo todo, un corazón hecho para sentirlo todo, nada disminuyáis; he soñado hace mucho tiempo, la hora que acaba de sonar, y estoy preparado á todo.

Entonces, el infatigable conspirador le refirió todos los detalles del complot, que le había hecho dejar la Francia en 1820, complot del que nemos dicho nosotros también algunas palabras en el capítulo octavo del libro sexto; en seguida condujo en su compañía al joven príncipe al Pendjab, le enseñó la corte de aquel hombre de genio que se

llamaba Rundjet-Sing; su reunión con el general Lebartard de Premont; le dijo cómo había dulcificado el dolor causado por la muerte del padre, adhiriendo al hijo aquella vida de abnegación perdida en el fondo de la India; y en fin, cómo desde aquel momento el general y él no tuvieron más que una idea, un proyecto, un objeto, la grande empresa, que al cabo había venido á ponerse en ejecución en Viena.

El rapto de Napoleón II.

Escuchólo todo el príncipe con una admiración cuidadosa.

— Y ahora, dijo, hénos aquí frente á frente; conozco vuestro fin, ¿cuáles son vuestros medios de ejecución?

— Señor, nuestros medios de ejecución son de dos clases; los medios materiales y los medios políticos.

Los medios materiales son créditos sobre las casas Arstein y Eskeles, de Viena; Grotius, de Amsterdam; Baring, de Londres; Rothschild, de París. Reuniendo todos estos créditos, podemos contar con más de cuarenta millones.

Tenemos seis coroneles que responden de sus regimientos. Dos de esos coroneles estarán de guarnición en París desde el 15 de Febrero próximo.

Tenemos todos los generales del imperio, que han permanecido fieles.

Ahora, en cuanto á los medios políticos, una revolución formidable, que está á punto de estallar en Polonia, en Alemania y en Italia.

Que se forme un movimiento liberal en Francia, y ese movimiento, como Encelado cambiando de sitio, conmoverá el mundo.

— Pero la Francia, la Francia, preguntó el joven, sin permitir á Sarranti separarse del punto en que estaban fijos sus ojos.

— ¿Ha seguido V. A. el movimiento de los ánimos?

— ¿Cómo queréis que siga yo el movimiento de los ánimos? Se echa incesantemente un velo entre la verdad y yo; llegan hasta mi rumores, y eso es todo; luces que me deslumbran, y nada más.

— ¡Oh! monseñor, entonces ignoráis cuán favorable es la hora. Tan favorable, monseñor, que si la revolución no se hace en provecho de vuestro nombre, se hará en provecho de un hombre ó de una idea. Ese hombre es el duque de Orleans; esa idea es la república.

— ¿Está, pues, descontenta la Francia, caballero?

— Está más que descontenta, monseñor, está humillada.

— Sin, embargo, calla.

— Como el eco, monseñor.

— Se dobllega.

— Como el acero. La Francia no perdonará á los Borbones la invasión de 1814, la ocupación de 1815; el último cebo de Waterloo no se ha quemado, y no se necesita más que un pretexto, una ocasión, una señal para tomar las armas. Ese pretexto, el gobierno lo ofrece con sus leyes sobre el derecho de primogenitura, con sus leyes contra la libertad de imprenta, con sus leyes contra el jurado; ¿esa ocasión se presentará á propósito de qué? No sé nada; á propósito de la primera cosa que sucede; el vaso está lleno, una gota le hará desbordarse. Esa señal la daremos nosotros, monseñor, cuando tengamos allí á la mano, para apoyar nuestro movimiento, la autoridad de vuestro nombre.

— ¿Pero qué pruebas podéis darme de las disposiciones de la Francia respecto á mí? preguntó el príncipe.

— ¿Qué pruebas, monseñor? ¡Ah! cuidad de no ser

ingrato con esa madre que os adora. ¡Qué pruebas! Una conspiración permanente desde 1815; la cabeza de Didier, que cayó en Grenoble; las de Tolleron, Pleignier y Carboneau, que cayeron en París; las cabezas de los cuatro sargentos rodando en la Greve; Berton, fusilado en Saumur; Caron, fusilado en Strasburgo; Tane, abriéndose las venas en su prisión; Dermoncourt, huyendo á orillas del Rhin; Carrel, atravesando el Bidasoa; Manoury, refugiándose en Suiza; Petit Jean y Beaume, pasando á América. ¿Ignoráis la existencia de esa formidable asociación nacida en Alemania bajo el nombre del Iluminismo, transportada á Italia bajo el de Carbonarismo, y trabajando ahora á la sombra de las catacumbas, bajo el nombre de Carbonería en París?

— Caballero, dijo el príncipe levantándose, voy á daros una prueba de que sé todo eso, acaso mal, pero tan bien como puedo saberlo. Sí, conozco los nombres de todos esos mártires; ¿pero han muerto por mí, caballero? ¿No conspiraban algunos por el duque de Orleans? Didier, por ejemplo; ¿otros por la república? ¿Así Dermoncourt y Carrel?

Mr. Sarranti hizo un movimiento.

El príncipe fué á su biblioteca; en seguida, de un estante secreto, oculto detrás de los otros, y que contenía algunos libros y folletos, sacó un volumen en octavo, y lo abrió por la primera página.

En seguida, presentándolo abierto á Mr. Sarranti, dijo:

— Ved.

Mr. Sarranti leyó en voz alta:

« Discurso de Mr. Marchangy, abogado general, pronunciado el 29 de Agosto de 1822 ante el tribunal de Asises del Sena, en el negocio de la conspiración de La Rochela. »

— Ved, dijo el príncipe. Pues bien, ocho días después de la publicación de ese alegato me lo pasaban aquí. ¿Quién? Lo ignoro. Como quiera que sea, bajo el farrago de la forma, he adivinado el fondo. ¿Sabéis lo que ha resultado para mí de aquella lectura caballero?

— No, monseñor.

— Que ninguno de esos complots tenía objeto fijo, cierto, inmutable. Yo soy un espíritu positivo, Mr. Sarranti, y no tengo el ardiente entusiasmo de los corsos ni de los franceses: sin tener una afición muy pronunciada á las ciencias exactas, pienso y obro matemáticamente: compadecedme si me asemejo más á un hombre del Norte que á un hombre del Mediodía: la cera es francesa, el sello teutónico. Pues bien, os lo digo, y lo repito, ninguna de esas conspiraciones me ha parecido seria. Veo muy bien que la revolución está en todas las cabezas, y la libertad en todos los corazones. Veo muy bien que se quiere echar por tierra el gobierno de los Borbones; pero ¿con qué se va á sustituir? ¿qué orden de cosas se va á poner en su lugar? Hé ahí lo que en vano busco; he ahí lo que no veo.

— Monseñor, el imperio será incontestablemente lo que sustituya al gobierno que existe.

— Mr. Sarranti, dijo el príncipe meneando la cabeza.

— ¡Oh! en cuanto á eso, monseñor, nadie lo duda, dijo Sarranti con la convicción de la fe.

— Excepto yo, caballero, dijo el duque de Reichstadt; lo que es algo en las circunstancias en que estamos.

— ¡Oh, monseñor! ¿son vuestro abuelo Francisco II y Mr. de Metternich quienes os dicen eso?

— No, es Mr. de Marchangy.

— Abrid ese libro al azar, monseñor, y veréis en él, en

la primera página que venga, con qué entusiasmo frenético han aclamado el nombre de Napoleón II las poblaciones de Rennes, Nantes, Saumur, Thonars, Verneuil y Strasburgo.

— Sea, caballero, dijo el príncipe; abramos, y veamos.

Y abriendo al azar:

— Abramos por la primera página que se presente, como vos decís, caballero; mirad, el libro está abierto por la página 212, leamos.

« No había resolución decretada y fija, puesto que había disidencia en cuanto á la elección del gobierno. »

— He tenido mano desgraciada, como veis, Mr. Sarranti, dijo el joven príncipe, veamos la página siguiente:

Leyó:

« Unos querían la república, otros el imperio. »

— Ved, monseñor, se apresuró á decir Sarranti, *otros el imperio*.

— Pero quien dice los otros, caballero, no dice los unos. Los otros no es la Francia entera; pero continuemos:

« Éstos querían un príncipe extranjero. »

— Éstos eran malos ciudadanos.

« Aquellos, un monarca elegido en la dieta del pueblo. »

— Continúad no tando, Mr. Sarranti, que no entramos más que por una cuarta parte en el voto unánime de la población francesa. Pero sigamos al historiador:

« No había pues un objeto fijo, determinado, porque para echar por tierra una cosa, es preciso saber con qué se la ha de sustituir. »

— Esto es lo que os decía hace un momento, caballero, y casi en los mismos términos. Me fastidia el pensar como

este abogado general; pero qué queréis, su opinión viene á corroborar la mía.

« Para gritar: Abajo tal orden de cosas, es preciso que se pueda proclamar al mismo tiempo otra forma de gobierno. »

— Eso no es más que una repetición; pero con mayor razón, caballero, esa repetición prueba que el imperio no es el voto unánime de la nación francesa.

— Monseñor, dijo calorosamente Sarranti, confieso con vos que el principio que trabaja más que ningún otro el espíritu de la Francia, es la revolución, sobre todo, el odio á la monarquía de los Borbones. Es verdad que lo primero que se pretende es abatir; como el hombre que tiene un mal sueño, lo primero que intenta es despertar. Pero que se presente un buen jefe, y cada cual se dedicará á la obra de la reedificación. ¿ Qué es un monarca elegido en la dieta del pueblo más que el imperio? ¿ Qué es la república más que el imperio disfrazado, que tiene por jefe un emperador elegible, bajo el título de cónsul ó de presidente? En cuanto á un príncipe extranjero, ¿ á quién se quiere designar bajo ese título, si no es á vos, monseñor, príncipe francés, educado en el extranjero, pero que probaréis fácilmente que nunca habéis dejado de ser francés? Vos veis lógica y matemáticamente; tanto mejor, monseñor. Decís que la revolución no tiene objeto: yo os digo que no tiene jefe. La vispera del diez y ocho brumario tampoco tenía objeto, y al día siguiente estaba encarnada en vuestro padre. Os lo repito, monseñor, bastará que os presentéis, para que todas las opiniones se confundan, para que todos los partidos se unan.

Nombraos, pues, monseñor, y apareced.

— Sarranti, Sarranti, exclamó el príncipe, cuidado con

la responsabilidad que tomáis sobre vos para el porvenir. Si fuese á fracasar, si fuese á desempeñar el papel de Carlos Stuardo, si fuese á empañar la memoria de mi padre, si fuese á rebajar el gran nombre de Napoleón ; á veces, casi me considero feliz porque no me han dejado ese hombre : gracias á ese robo que se me ha hecho, no ha muerto á las claras, el destino ha soplado encima y lo ha extinguido en medio de una tempestad. ¡ Sarranti ! ¡ Sarranti ! si otro que vos me diera semejante consejo, no le escucharía un segundo más.

— Monseñor, yo sólo soy el eco de la voz de vuestro padre, exclamó Sarranti á su vez. El emperador me ha dicho : « ¡ Arranca á mi muy amado hijo de las manos del hombre que me ha vendido ! » y vengo á arrancaros de ellas. El emperador me ha dicho : « ¡ Vuelve á poner sobre la frente de mi hijo la corona de Francia ! » y vengo á deciros : ¡ Señor, volvamos á entrar en vuestra muy amada ciudad de París, que no queríais abandonar !

— ¡ Silencio ! ¡ silencio ! murmuró el joven en voz baja, como doblemente asustado por el consejo y por el título que se le daba.

— Sí, señor, repitió Sarranti ; silencio, silencio en esta prisión, donde V. M. sufre tan doloroso martirio ; pero está próximo el tiempo en que podamos pronunciar vuestro gran nombre á la luz del sol, con voces tales, que el Océano le llevará de ola en ola hasta la tumba de vuestro padre. ¡ Romped, pues, vuestras cadenas, monseñor ! Romped vuestras barras, señor, y partamos.

— Sarranti, dijo el príncipe con voz firme, y que anunciaba que una vez tomada su resolución, no se desprendería ya de ella ; escuchadme. Suponiendo que consienta en seguiriros, antes de tomar esa gran resolución, debo con-

versar aún largamente con vos, tengo mil objeciones que haceros, objeciones que no dudo refutaréis victoriosamente ; pero comprended, amigo mío, que no quiero ser arrastrado, quiero ser convencido. Mi ambición hasta ahora había sido adquirir en el ejército un sencillo lustre militar. Ahora, héme aquí que sueño un trono, ¿ qué trono ? El de Francia. Ved el camino que me habéis hecho andar en algunas horas ; ved con qué pasos de gigante hemos marchado desde que estáis aquí ; conceded á mi alma el día de mañana para reponerse, Sarranti. Desde aquí á entonces me habré ensayado en la soledad y el silencio para llevar la gran armadura de mi padre, y espero que encontraréis un hombre en el que habéis dejado un niño.

Pero hoy, amigo mío, tengo el corazón lleno de sentimientos tan diversos, que sería incapaz de hablaros con la sangre fría necesaria para meditar tan vasto designio. Dadme veinticuatro horas, Sarranti. En nombre de mi padre, á cuya sombra tengo que consultar, os las pido.

— Tenéis razón, monseñor, dijo Sarranti con voz tan temblorosa como solemne era la del joven. Yo mismo he ido más lejos de lo que quería ir. Al entrar aquí no quería hablaros más que de vuestro padre, y á mi pesar me he visto arrastrado á hablaros de vos.

— Así que, hasta pasado mañana si queréis, amigo mío.

— Hasta pasado mañana á la misma ahora, señor.

— Á la misma hora. Traeréis la lista de los generales, de los coroneles y de los regimientos de que podéis disponer ; además, un mapa itinerario de Europa : quiero saber el camino que tenemos que recorrer. Venid aquí, en una palabra, con un plan de fuga bien dispuesto, y vuestros proyectos desenvueltos en algunas líneas.

— Monseñor, dijo Sarranti, hay una persona á quien

no me atrevo á ir á dar gracias, por temor de causar sospechas. Vos, monseñor, veréis á esa persona antes que yo, y os suplico que le deis gracias en mi nombre. Después de vos, monseñor, esa persona tiene derecho á disponer de mi vida.

— Estad tranquilo, dijo el príncipe ruborizándose ligeramente.

Y presentó la mano á Sarranti, que en vez de estrecharla la besó respetuosamente, como al dejar á Santa Elena había besado la del emperador.

CAPÍTULO II.

MONTHOUGE Y SAINT-ACHEUL.

Dejemos á Rosa con su amor al duque de Reichstadt, con su sueño á Sarranti, y al general Lebastard de Pre-mont con su esperanza, y volvamos á París, es decir, al verdadero centro de los acontecimientos que componen nuestro relato.

Grande trabajo nos espera, y contamos con la paciente curiosidad de nuestros lectores para que nos ayuden á llevarle á cabo.

Trátase de hacer alto un instante, y durante este instante, de dirigir una mirada investigadora sobre aquel año de 1827, cuyas puertas abrimos nosotros, y que es uno de los más notables del siglo.

En el primer capítulo de esta obra, y notad, queridos lectores, que ya nos separan de él nueve libros, es decir, la duración de una novela ordinaria; en el primer capítulo

de esta obra, en el que el autor levanta el telón del teatro de su drama, ha intentado dar á sus lectores una idea de lo que era el París físico y moral de aquella época.

Ahora, en el momento en que va á principiar la gran lucha de los cuatro grandes partidos, realista, republicano, bonapartista, y orleanista, es tiempo de que digamos lo que era la Francia política, filosófica y artística de la misma época.

Vamos á hacerlo lo más rápidamente posible; y sin embargo que no se apresure demasiado nuestra marcha, hemos llegado á la estrecha vía que conduce á 1850.

Como en el camino de Daulis á Tebas, vamos á encontrar la Esfinge, y se trata de que, como Edipo moderno, obliguemos al terrible monstruo á que nos descifre el enigma de las revoluciones.

Lectores ó más bien amigos, llevad, pues, á cabo, pacientemente, con nosotros, esa peregrinación piadosa que hacemos hacia el pasado, en el que es preciso buscar el secreto del porvenir.

El presente tiene casi siempre una máscara, y el pasado, evocado por la voz del historiador, saliendo de su tumba como Lázaro, es el único que responde con sinceridad.

Volvamos, pues, por un instante á ese pasado, que es nuestro padre, que será el abuelo de nuestros hijos y el bisabuelo de nuestros nietos.

Además me parece que olvidamos demasiado esa génesis de nuestro siglo; una de las grandes enfermedades de nuestra época, en la que se vive tan pronto en medio de los trastornos, en la que se pasa tan rápidamente de los acontecimientos á las catástrofes, es el olvido.

Y en verdad que el olvido es, casi siempre, la ingrati-tud.

Y ese axioma que aventuramos, sería sobre todo aplicable á nosotros, si olvidásemos ese grande año de 1827, que es el mes de Abril del siglo XIX, y así como en el mes de Abril se despierta y palpita la primavera, que en el mes de Mayo romperá con su cabeza florida la capa de hielo que cubre aún la tierra, desde el año de 1827, se despierta y palpita la libertad, que brotará armada y resplandeciente del suelo volcánico de 1830.

¿Qué hay oculto detrás de los vapores lejanos, que ella entreve al abrir los ojos? Lo ignora; pero la grande ocupación del sueño que precede á su vida, es la lucha contra todo lo que puede impedirle florecer y fructificar.

En un libro que acabamos de escribir, pero que aún no se ha publicado, hemos pasado revista á otra época gigantesca también, magnífica también para la Francia.

Aquella revista era la de la primera mitad del siglo XVI, en el que todo se mueve, todo se transforma, todo se renueva.

Pues bien, en 1827 tiene también lugar el renacimiento; renacimiento político, filosófico y artístico; es el duelo á muerte de la luz con las tinieblas, de la libertad con la opresión, del porvenir con el pasado.

El presente no es con frecuencia más que el campo de batalla.

La arena es París.

De París, como de un foco luminoso, parten todos los rayos que van á iluminar los mundos, alumbrando los unos, quemando los otros.

¿Por qué?

Porque es un pueblo que se agita; todos esos hombres vencerán seguramente, porque combaten con toda sinceridad, y creen lo que desean.

Nosotros hoy casi somos á la revolución de 1830 lo que el Directorio era á la de 1789. Nos burlamos de ella y vivimos en ella.

Pero las generaciones futuras, al menos tal es nuestra esperanza, más imparciales siempre que los contemporáneos, harán justicia á los grandes hombres de todas clases que dan á la primera mitad de este siglo un brillo tan deslumbrador.

Sé (y Mad. Roland, que ignorando su propia grandeza, se queja en sus memorias de que no haya un solo hombre grande en aquel grande año *de noventa y dos*, año de gigantes), Mad. Roland está ahí para servirme de ejemplo; sé, digo, que las sombras de los hombres grandes del pasado se interponen siempre entre nosotros y los hombres grandes del presente, y nos impiden ver á nuestros contemporáneos desde su verdadero punto de vista.

Pero una cuarta parte de siglo nos separa ya del año de 1827, y podemos, por lo tanto, mirar atrás y ver distintamente, como desde la cumbre de una montaña, lo que sólo habíamos entrevisto vagamente desde abajo, mientras que viajábamos con ellos por el valle ó por la floresta.

El germen de la revolución de 1830 está depositado en el seno de la Francia desde los primeros meses del año de 1827.

Esos estremecimientos que experimenta, y que la hacen temblar á la vez de terror y de esperanza, es la vida que comienza á latir en el fruto de sus entrañas.

El parto será lento, laborioso, penoso; la preñez durará tres años, y será llena de dolores; pero el alumbramiento será hermoso bajo el sol de julio.

El año 1827 es fecundo en iniquidades, lo sé muy bien; necesitan las naciones esos rudos comadrones, para que las ideas se conviertan en sucesos.

Abordemos, pues, francamente esa sucesión de servilismos y de corrupciones, de mentiras y de violencias, de fraudes y de persecuciones, que ilustran fatalmente el año de la encarnación.

El gobierno de Carlos X, bajo la presión de los jesuitas de Montrouge y Saint-Acheul, se hunde en la vía tortuosa, de que ya no podrá salir, porque es sordo á las advertencias y á las quejas.

Un día marchita las más santas independencias.

Al siguiente destierra las virtudes públicas.

Desconoce los servicios hechos, mancha las reputaciones ilustres, aleja el bien, hace seña al mal de que venga.

Espíritu sombrío y ansioso, invasor y envidioso, déspota y embrollón, el jesuitismo, como un espectro sombrío, está bajo el dosel del trono, detrás del sillón real.

Nadie le ve, todo el mundo le adivina.

Desde allí sopla al oído del rey sus anatemas contra todas las glorias, sus envidias contra todas las fortunas, sus odios contra todas las inteligencias, su oposición á todos los pensamientos generosos.

Teme á toda alma libre, á todo espíritu elevado, á toda existencia independiente.

Tiene razón: todo el que no es su servidor ó su esclavo, es su enemigo.

Las circunstancias, en verdad, eran graves, y la lucha prometía ser encarnizada.

La opinión pública y los poderes inamovibles resistían vigorosamente á la invasión de aquella teocracia.

Pero el rey, el ministerio y todos los funcionarios del gobierno recibían órdenes de Montrouge y de Saint-Acheul y las seguían ciegamente.

Se presentía vagamente, en una época en que se hubiera

creído imposible, algo así como una guerra de religión.

¿Dónde iba á estallar? nada se sabía.

Sin embargo, según toda probabilidad, el campo de batalla sería en Portugal, y para sostener aquella guerra, afluía á la Península el dinero de todos los claustros, de todos los conventos, de todas las asociaciones jesuitas de Italia, de Francia y de España.

Acababa de cerrarse en Valencia, por un auto de fe, el jubileo de 1826.

El hereje Ripoll había sido quemado como si aún se estuviera en el siglo xv.

Aquello era el guante arrojado á las ideas liberales; era la trompeta del desafío que sonaba delante del palacio de Windsor.

¿Qué arriesgaba la España? ¿No tenía la Francia, la Italia y el Austria por aliadas?

¿No se llamaban los jefes de la santa liga, Fernando VII, Carlos X, Gregorio XVI y Francisco II?

Hemos perdido de vista aquella época, y nos admiramos cuando uno de nosotros, atravesando las llanuras muertas del pasado, despierta en ellas una apariencia de vida, evocando el recuerdo y obligando á los acontecimientos, á que pasen otra vez por delante de nuestros ojos.

Era aquello una nueva liga, como hemos dicho.

Se hacía desde Galicia á Cataluña el censo de los célibes, los casados, los viudos, en una palabra, se hacía un recuento de todos los que se hallaban en estado de tomar las armas.

Se alistaba á los monjes de todas las órdenes, á quienes se enseñaba el ejercicio, y á marchar al paso militar y á resucitar las procesiones de 1580.

Se reunían espadas, lanzas, armas de fuego, municiones

de guerra y de boca. Se hacían cuestaciones á los conventos.

Había en Montrouge una imprenta, que suministraba libelos á todos los conventos, á todas las congregaciones, á todos los seminarios grandes y pequeños, y lo que, sobre todo, dominaba en aquellos libelos, era el pensamiento de Roma contra Inglaterra.

No había religión posible, en tanto que la Inglaterra no fuese destruida. Cosa extraña, Napoleón había tenido un pensamiento en el fin de la emancipación; los Borbones la tenían en el servilismo del mundo.

Se la quería herir en la India por la Rusia, en Hannover por la Prusia, en los Países Bajos y la Confederación Germánica por la Francia, en Irlanda por la población católica, en Escocia por la nacionalidad, y en su propio seno por la anarquía y la sedición.

La guerra contra la Gran Bretaña era, pues, el grito de unión de aquella conjuración, que hacía seis años marchaba á la sombra, que la debilidad de los ministros que se habían sucedido no había osado abatir, y que la complicidad del ministerio existente le daba toda la fuerza de la organización.

Aquella guerra debía estallar á propósito de la ribera izquierda del Rhin, que se daría á la Francia, lo que de una guerra religiosa en el fondo, haría una guerra política en la superficie.

Aquel poder, al principio oculto, sombrío y misterioso, se había formado fuera de la Carta, y comenzaba á manifestarse en toda su fuerza. Dueño del ánimo del rey, desafiaba la opinión del país; los jesuitas no tienen patria. Despreciaba sus leyes; los jesuitas no tienen otras leyes que los estatutos de su orden, y proscritos de derecho y en la

apariciencia, eran de hecho y en realidad los dueños absolutos de toda la Francia.

Se les había propuesto revocar el edicto que les desterraba y habían rehusado, diciendo: que aceptar, era someterse á la Carta, y por consiguiente, á instituciones que proclamaban impías, revolucionarias, y sobre todo, nulas.

Dueños del rey, oráculos de los ministros, maestros de los niños, confesores de las mujeres, depositarios de los secretos de todas las familias, disponían á su voluntad de la fortuna pública, de las reputaciones privadas.

Mirándose como los únicos pares y los únicos magistrados del reino, despreciaban la patria y la magistratura, y se esforzaban en hacerlas despreciables. Conocían que allí estaba la resistencia. La magistratura era inamovible; la patria creía serlo.

La Cámara de los diputados les parecía un poder intruso, una especie de concilio cismático.

Se miraban como los únicos representantes del país.

Habían dicho á Mr. de Villele: « Sostenednos y os sostendremos. »

Mr. de Villele les sostenía, y los jesuitas cumplían fielmente su promesa.

El ministerio no era para la congregación más que un instrumento destinado á destruir todo lo que hacía sombra; una especie de ejecutor dócil de sus obras altas y bajas; un delegado, al que cedía momentáneamente sus poderes, un plenipotenciario encargado de doblar y romper, en caso de necesidad, el espíritu de la nación; un editor responsable encargado de ejercer todos los rigores que ella mandaba; un escudo destinado á separar de ella, si necesario fuese, en un momento dado, todos los odios que ella había sublevado.

Por lo demás, tenía en Mr. de Villele e hombre que ne-

cesitaba. Mr. de Villele era su verdadera criatura; sabía que no vegetando en el poder más que por su influencia, debía obedecerle ciegamente, que era uno de esos plebeyos medio nobles, uno de esos nobles medio plebeyos, que no teniendo apoyo en las altas notabilidades sociales, se veía obligado á buscarle en otra parte y á cogerlo donde quiera que lo encontrase.

Lo había encontrado en una facción que le gustaba poco, preciso es confesarlo, pero que tal vez él le gustaba menos á ella.

Las alianzas más duraderas se hacen, no por la comunidad de principios, sino por la comunidad de intereses.

Por lo demás, se puede juzgar del ascendiente del poder misterioso de Saint-Acheul por la publicidad de ciertas prácticas religiosas, que tuvieron lugar en el mismo París, con motivo del jubileo de 1826.

Mr. de Quelen había anunciado la abertura de ellas en un mandamiento político á la vez y religioso, que señalaba con violencia *las seducciones pestilentes y el veneno de los escritos perniciosos*, que circulaba en las venas de la sociedad, y era capaz de infestar hasta la tercera y cuarta generación. « Efectos deplorables, decía, de una licencia que alarma, y que condenan hasta los más celosos partidarios de esa libertad razonable, de la que es tan difícil, por ahora, á los más sabios, marcar los justos límites y arreglar la medida exacta. »

Además de las estaciones particulares que gran número de devotos hicieron en tropel y con los pies desnudos, hubo cuatro grandes procesiones, en las que se vió figurar á Carlos X, la familia real y diputaciones de todos los cuerpos civiles y militares. Se vió á grandes dignatarios de la corona, mezclados á las largas filas de los penitentes.

Un mariscal de Francia cambió su bastón por un cirio; en fin, un abogado ilustre se agarró á un cordón del palio, sabiendo que aquel era el único medio de alcanzar gracias reales.

El partido sacerdotal se había, pues, apoderado del presente y del pasado, y comenzaba á fijar sus miras en el porvenir.

Mr. de Montlosier decía en su famosa *Memoria consultiva*, que hasta habían cuidado de apoderarse de la colocación de sirvientes. Las aldeas, los oficiales de la corte, la guardia real, no pudieron librarse de la congregación, y conozco, añadía, un mariscal de Francia, que habiendo solicitado para su hijo una plaza de subprefecto, sólo pudo obtenerla por recomendación del cura de su pueblo.

Después del jubileo, es decir, después de las manifestaciones obtenidas, tomó todo, en la corte de Carlos X, un aspecto, no sólo más religioso, sino más triste, y casi diremos más amenazador: hubiérase uno creído, en virtud de un salto atrás, transportado á la corte de Luis XIV, la vispera de la revocación del edicto de Nantes.

Se habían suprimido en las Tullerías los espectáculos y los bailes, y se los había reemplazado con conferencias, sermones y ejercicios piadosos.

El anciano rey pasaba su vida en cazar y orar.

Ábrase al azar cualquiera periódico de aquel tiempo; al principio, al fin, al medio del año, é infaliblemente se hallará en él esta frase invariable, cotidiana, estereotipada; frase de la que habían sacado cliché los impresores, para evitarse los gastos de composición:

« Esta mañana á las siete, ha oído el rey misa en la capilla.

» Á las ocho ha salido S. M. á caza. »

Sin embargo, de vez en cuando se variaba la forma, sin duda por temor á la monotonía, y se ponía :

« Esta mañana á las ocho salió á caza S. M. ; á las siete había oído misa en sus habitaciones. »

Hubiérase dicho que las poblaciones debían regocijarse y admirarse al leer todas las mañanas aquella interesante noticia, y cuesta trabajo comprender cómo han podido rebelarse contra un rey tan devoto ante los jesuitas, y tan gran cazador delante de Dios.

El duque de Angulema, que desde la muerte de Luis XVIII no tenía otra voluntad que la de su padre, le imitaba en todo, conformaba su vida á la suya, entregándose á las mismas prácticas religiosas y venatorias.

La señora duquesa de Angulema se tornaba de día en día más sombría y más austera ; una juventud tan desgraciada le hacía una vejez rígida.

Jamás ninguno de sus más frecuentes acompañantes la veía sonreír.

Llevaba sobre su frente como un reflejo de los acontecimientos del pasado, como un presentimiento de las catástrofes del porvenir ; hubiérase dicho que descubría el peligro, y veía como un fantasma fúnebre acrecentar el destierro en el horizonte.

La señora duquesa de Berry, joven espiritual y benévola, era la única que intentaba romper la monotonía de aquella vida monacal, dando algunas fiestas, ora en los Eliseos, ora en su castillo de Rosny, y mantenía su popularidad repartiéndole algunas limosnas, siempre bien empleadas, y visitando ciertas fábricas, haciendo compras en algunos almacenes, mostrándose de vez en cuando en el teatro, pero inútilmente. Aquella actividad, que parecía febril en medio de la sombría torpeza que le rodeaba, era impotente para

volver á dar la vida á aquella corte, que había caído en la letargia religiosa más profunda de todas las letargias.

Y cuanto más tiempo pasaba, más el anciano rey se entregaba ciegamente á la corriente que le arrastraba hacia el abismo.

Quos vult perdere Jupiter dementat.

CAPÍTULO III.

LA LEY DE AMOR.

El 4 de Noviembre de 1826, es decir, en el último día de su santo, Carlos X acababa aún de elevar dos obispos á las funciones de ministros de Estado.

El duque Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa.

Mr. de Latil, arzobispo de Reims.

Los obispos ultramontanos podían, pues, en adelante levantar la cabeza y hablar alto.

Mr. de Latil, su intérprete cerca de Carlos X, comenzó, apenas subió al ministerio, á excitar al rey contra la prensa. La ley de 1822, ya tan injusta y tan rigorosa, fué declarada insuficiente, y Carlos X, olvidando la promesa hecha al subir al trono y saludada con tantas aclamaciones, autorizó á los talleres de Montrouge y de Saint-Acheul para forjar una ley, que tuviera todos los resultados de la censura, sin llevar su nombre, y que fuese aún más embarazosa para los impresores que para los escritores.

Aquella vez se quería romper todo de un golpe : el pensamiento y su instrumento.